

PEDRO URVI

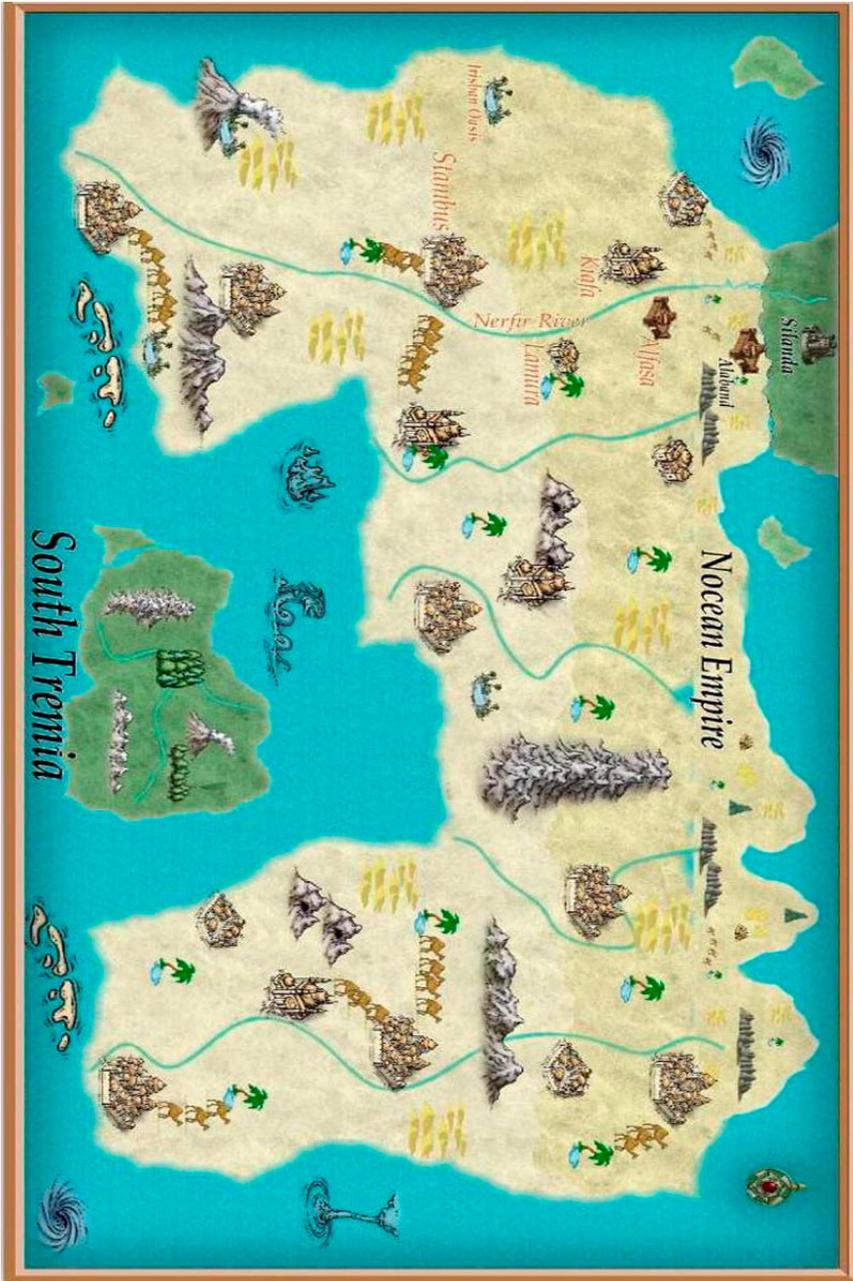


LA REINA TURQUESA

EL SENDERO DEL GUARDABOSQUES LIBRO 8

Un gran peligro ha surgido en el norte del Reino. Magos y soldados no pueden derrotarlo. ¿Podrán las Panteras de las Nieves? Mientras Lasgol y sus compañeros desempeñan sus funciones como Guardabosques, un peligro sombrío toma fuerza en los Territorios Helados y amenaza al Reino. Thoran envía a sus Magos de Hielo y sus ejércitos a combatirlo. Fracasan. Las Panteras de las Nieves son llamadas para realizar una arriesgada y complicada misión con el fin de obtener un objeto de poder que ayude a la destrucción del mal que desciende hacia la capital cruzando las montañas del norte. Este no será el único peligro al que se enfrentarán nuestros amigos pues los Guardabosques Oscuros y los Zangrianos siguen siendo una amenaza muy presente tanto para el reino como para ellos.





Esta serie está dedicada a mi gran amigo Guiller.
Gracias por toda la ayuda y el apoyo
incondicional desde el principio cuando sólo era
un sueño.

Capítulo 1

Llovía ligeramente y el aire era algo fresco para ser primavera, incluso en la siempre gélida Norghana. Lasgol sentía la lluvia caer sobre su capa con capucha. A lomos de su fiel Trotador iba pensando en la misión que le habían encomendado. Se preguntaba si sería una misión complicada, si resultaría peligrosa. En realidad, todas lo eran de una forma u otra, así que decidió no darle más vueltas al asunto y concentrarse en llegar al destino para solventar el problema con rapidez. Así lo enseñaba el Sendero del Guardabosques y así intentaba siempre llevar a cabo las misiones.

—Vamos, amigo, sigue el camino hasta llegar a la cima de ese montículo de ahí delante —le indicó a su fuerte poni señalando con el dedo índice. Trotador rebufó y asintió moviendo el cuello. Estaba empapado y parecía que a él la lluvia sí que le molestaba un poco.

Lasgol podía entrever que el cielo comenzaba a despejarse y que la lluvia amainaría pronto. Estaba deseoso de poder contemplar el cálido sol primaveral que tanto le gustaba y disfrutar de un poco de calidez. Trotador seguro que también lo agradecería. Desde el final de la guerra civil, hacía ya tres estaciones, todos los Guardabosques supervivientes habían estado extremadamente ocupados. Las misiones no cesaban de encadenarse una tras otra pues el reino necesitaba de ellos y todos se habían volcado a ayudar. Las iniciales habían estado centradas en la reconstrucción y reabastecimiento de las zonas más castigadas por la guerra. Durante casi dos estaciones habían trabajado muy duro para devolver algo de prosperidad al reino. Tras esto,

habían comenzado con las misiones de ayuda a la población, sobre todo a los granjeros y aldeanos de pequeñas áreas rurales. Estaban sufriendo el azote de bandidos, desertores y similares que campaban a sus anchas aprovechando el caos originado por la guerra. Por desgracia, una de las consecuencias directas de un conflicto bélico era la proliferación de estos desechos de la sociedad que atacaban al más débil en busca de ganancia fácil o simplemente por mera maldad.

Lasgol suspiró. Estaba cansado. Llevaba semanas realizando misiones, pero se sentía contento y satisfecho. Estaban ayudando a Norghana y sus gentes y eso era lo que realmente importaba. Era una de las razones principales por las que él se había hecho Guardabosques: ayudar a defender el reino. Limpiarlo de forajidos y malhechores lo llenaba de orgullo y además hacía su cansancio mucho más llevadero. No era el único, ninguno de los Guardabosques había tenido tiempo para descansar. Tampoco para pensar sobre lo que había sucedido en la guerra y las consecuencias que ahora estaban sufriendo tanto ellos como todos los ciudadanos del Reino de Norghana.

Alcanzaron la parte alta del montículo por el que transcurría el camino y Lasgol indicó a Trotador que se detuviera un momento. Miró al cielo y descubrió un radiante sol que se abría paso entre las nubes. Dejó que el calor del astro le llegara a rostro y brazos. Lo disfrutó un momento, agradecido, la sensación era tan regocijante que deseó poder quedarse allí, en silencio y disfrutándola un buen rato, pero no tendría esa suerte.

«¿Ya llegar?» preguntó Camu con un mensaje mental apareciendo a su derecha por sorpresa y asustando al pobre Trotador que soltó un bufido sacudiendo la cabeza.

«¡Camu!» reprendió Lasgol, sabiendo que se había acabado su paz, tranquilidad y disfrute del agradable solecito.

«¿No llegar ya?» le respondió él con su habitual energía y empuje.

«Tranquilo, Trotador» le transmitió Lasgol al poni acariciándole el cuello e intentando que el pobre animal se tranquilizara.

«¡Sol!» anunció Camu y se puso a realizar su baile de la alegría muy contento bajo los rayos del sol.

«Te he dicho mil veces que no aparezcas así de la nada, asustas a Trotador y a Ona» riñó Lasgol, aunque sabía que de poco o nada serviría con la criatura.

«Yo olvidar» respondió la traviesa criatura que lo miró con sus grandes ojos saltones mientras inclinaba la cabeza a un lado y a otro.

«Pues recuérdalo y pórtate bien, que te conozco».

«Yo siempre formal» le transmitió Camu como si fuera un niño bueno, cosa que Lasgol sabía perfectamente que no era.

«Ya, y yo siempre estoy descansado y pleno de energía» le transmitió deseando poder dormir una noche en una buena posada al calor de un fuego bajo. Por desgracia eso no ocurriría de momento ya que primero debía terminar la misión.

Ona himpló inquisitivamente acercándose desde su lado izquierdo. Parecía también preguntar si faltaba mucho para llegar a destino.

«Dejad de preguntarme. No falta mucho, pero todavía no hemos llegado» les respondió Lasgol sin mucha esperanza en que las dos fierecillas fueran a controlar su ansiedad. «La aldea de Olsentagh está un poquito más adelante» les indicó mientras se quitaba la capa con capucha para sacudirla al aire y secarla un poco. El material era excelente, la lluvia y la nieve no la empapaban ni penetraban. Lasgol no cambiaría sus capas de Guardabosques por nada, sobre todo en medio de bosques y montes.

Ona soltó un pequeño gruñido de aceptación y se acercó hasta Camu para ponerse a bailar con él. Lasgol observó a sus dos compañeros de aventuras y sonrió. Debía reconocer, aunque refunfuñara de vez en cuando, que tenía

muchísima suerte. Que aquellos dos bellísimos animales le acompañaran proporcionándole protección y amistad era no solo increíble, sino que no tenía precio. Lasgol valoraba aquella amistad como el mayor de los tesoros y agradecía a los Dioses de Hielo el poder disfrutarla. Contemplarlos con sus bailes y juegos lo llenó de una enorme alegría. Por un momento le dieron ganas de bajarse de Trotador y ponerse a bailar con ellos dos en mitad del camino nevado. Por fortuna, estaba demasiado cansado para hacerlo y resultaría de lo más ridículo que algún aldeano o comerciante de paso lo descubriera en ese momento a cuatro patas meneando el trasero y flexionando brazos y piernas. Ya lo había hecho antes y tenía la impresión de que muy probablemente, por no decir casi seguro, se vería obligado a volver a hacerlo en un futuro.

«¿Misión cazar bandido?» preguntó Camu de pronto.

«No, esta vez no vamos a cazar un bandido».

«Cazar bandido divertido».

«Cazar bandidos no es nada divertido, es peligroso, y te lo vengo repitiendo desde hace siglos. A ver si por una vez me haces caso».

«Yo formal. Yo hacer caso».

«Cuando tengamos enfrente bandidos, ladrones, forajidos y similares debes tener muchísimo cuidado porque son muy peligrosos. En un descuido podría ocurrir una desgracia».

«Bandidos tontos».

Lasgol se llevó la palma de la mano a la frente y negó desesperado.

«¿Qué acabo de decirte?».

«Yo cuidado» le transmitió Camu y puso cara de bueno. A Lasgol cada vez le resultaba más fácil reconocer las expresiones de la criatura, si bien era complicado, porque como siempre llevaba su eterna sonrisa en el rostro, no resultaba sencillo diferenciar una expresión de otra y había que fijarse en los más mínimos detalles para lograrlo. Poco a

poco Lasgol empezaba a leer sus expresiones y eso lo llenaba de satisfacción pues era otro paso adelante en su relación.

«No pongas cara de bueno y haz lo que te he dicho».

«Yo hacer» le aseguró la criatura.

«Así me gusta. Si te digo que es peligroso es por una razón. No quiero que os pase nada ni a ti, ni a Ona, ni a Trotador. Somos una familia y nos tenemos que cuidar los unos a los otros... siempre».

«Yo entender. Yo cuidar».

«¿Me lo prometes?».

«Yo prometo».

«Sabes que si prometes algo luego tienes que cumplirlo, ¿verdad? Esto lo hemos hablado varias veces ya».

«Yo prometer. Yo cumplir» transmitió Camu asintiendo con la cabeza.

Lasgol se sorprendió mucho al ver que la criatura asentía, pues era algo que no había hecho antes pero que indicaba que seguía madurando e imitando los gestos de los humanos. ¿Sería capaz de asimilar otros gestos más complejos aún como muestras de sentimientos profundos? Era muy pronto para ello, pero Lasgol esperaba que algún día Camu lo consiguiese.

La brisa le llegó hasta el rostro con su aliento fresco y Lasgol detectó algo más en la caricia del soplo de los Dioses: el olor característico de la madera quemada. Giró la cabeza hacia la dirección por la que le llegaba la brisa, inspiró profundamente llenando los pulmones y se reafirmó: algo estaba ardiendo. Observó el bosque y en la lejanía vio una columna de humo que se alzaba hacia los cielos. Quizás fuera algún campesino quemando rastrojos... De inmediato desechó aquel pensamiento, pues la humareda era demasiado grande. Observó el humo intentando descifrar qué estaría sucediendo. Aquella columna de humo solo podía significar que algo de considerable tamaño ardía. Al estar bastante lejos decidió utilizar su habilidad Ojo de Hal-

cón para intentar percibir algo más que le proporcionara un mejor entendimiento de lo que estaba pasando. Se concentró, buscó en su interior su energía y la encontró en su pecho reposando en un tranquilo lago azulado que era como su mente visualizaba su poder mágico. Invocó entonces la habilidad. Un destello de luz verde le recorrió la cabeza. La habilidad había sido invocada y ahora Lasgol podía percibir lo que sucedía a una larga distancia. Distinguió un claro tras el bosque y un edificio que parecía ser el origen de la columna de humo.

«Vamos a ir a ver qué sucede con ese humo» les transmitió a sus tres compañeros.

«Divertido» envió Camu.

Ona emitió un rugidito, a ella el humo no le gustaba.

Trotador sacudió la cabeza. A él tampoco.

«Iremos con cuidado y atentos. Tengo un mal presentimiento».

Se adentraron en el bosque dejando atrás el camino y avanzaron con cuidado intentando no hacer ruido. El bosque no era muy frondoso y permitía a Trotador avanzar entre los abetos y hayas sin demasiadas dificultades. Lasgol siempre se sentía más tranquilo, resguardado y seguro cuando estaba entre la espesura, el camino abierto y las zonas amplias y despejadas no le agradaban tanto pues se sentía algo desprotegido, vulnerable. El Sendero del Guardabosques marcaba que debían siempre avanzar bajo la protección del bosque y ahora, después de unas cuantas misiones, entendía perfectamente el porqué. No era que en el bosque no se ocultaran también peligros, que los había y muchos, sino que los árboles y matorrales proporcionaban una cierta protección con la que no contaban en praderas y llanuras.

Llegaron lo suficientemente cerca para poder continuar a pie. Lasgol prefirió dejar a Trotador atrás. Le hizo un par de caricias.

«Espéranos aquí. Si presentes peligro huye hacia el camino» le transmitió a su fiel poni usando su Habilidad Comunicación Animal. Ahora la usaba tanto y tan de continuo que no necesitaba invocarla conscientemente, su subconsciente lo hacía por él de forma que para cuando tenía decidido el mensaje a enviar, la habilidad ya había sido invocada. Como luego se mantenía activa un periodo de tiempo, podía seguir conversando con sus compañeros sin tener que volver a activarla. Estaba muy contento con la rapidez con la que era capaz de invocar la habilidad. Por desgracia, era la única de sus habilidades que había conseguido desarrollar hasta tal punto, con el resto seguía tardando bastante y las más nuevas, como Detectar Aura, le llevaban una eternidad. Empezaba a resultarle obvio que cuanto más utilizaba una habilidad, más la desarrollaba. Esto era algo que su buen amigo Egil ya le había explicado pues aparecía bien documentado y ampliamente explicado en los tomos de hechicería y conjuros que habían consultado.

Continuó avanzando en dirección al origen del humo, que ahora veía muy negro y cercano. Camu iba a su derecha y Ona a su izquierda, como velando por él. Una cosa que sí deseaba hacer era ver cómo conseguir prolongar el efecto de sus habilidades, algo con lo que no había tenido demasiado éxito de momento, ni siquiera con Comunicación Animal que era su habilidad más desarrollada. Podía invocarla casi sin pensar y era prácticamente inmediata, pero no conseguía prolongar su efecto. Debía seguir practicando y experimentando hasta hallar la forma de hacerlo. Una vez hallada, podría aplicarla a sus otras habilidades menos avanzadas. Con ese propósito, entrenaba casi todos los días un buen rato, siempre que tenía un respiro. El progreso era lento y sabía que tenía que seguir esforzándose, así que lo seguiría haciendo. Cada pequeño avance sería toda una victoria pues el esfuerzo que requería era mucho.

El mundo de la magia era muy complejo y difícil de dominar. Sobre todo, cuando uno deseaba ampliar los límites

de lo que era capaz de hacer. Tiro Certero, una de sus habilidades más letales, le suponía un reto extra pues no conseguía ni invocarla rápidamente ni ampliar la distancia límite a la que podía usarla. A partir de 100 pasos ya no le funcionaba, lo que era una verdadera lástima ya que un tirador con un arco compuesto o incluso uno corto, podría acabar con él antes de que pudiera acercarse lo suficiente como para utilizar la habilidad o mientras la invocaba, ya que tardaba un buen rato en activarse. Era curioso, todas sus habilidades, por formidables o útiles que fueran, tenían limitaciones. Debía conocerlas todas y estar siempre atento a ellas y por supuesto seguiría experimentando y tratando de desarrollarlas. Estaba seguro de que todavía no había visto más que la punta del iceberg y de que había mucho por debajo de la superficie del agua que quedaba por dilucidar. Así veía sus habilidades, tanto las existentes como las que le quedaban por descubrir.

Camu, a su lado, se camufló. Estaban llegando al origen del humo. Camu también practicaba e intentaba encontrar nuevas habilidades. Su sistema para lograrlo era un tanto extraño y caótico, al menos para Lasgol. Camu elegía la habilidad que quería desarrollar casi por capricho, no había una necesidad real tras ella. Si veía una gacela saltar con gran agilidad, eso quería él también. Y no había forma de hacer que cambiase de opinión por mucho que Lasgol intentara convencerlo de que no lo lograría, al ser algo prácticamente contra natura por ser Camu un reptil de cierto tamaño. Así que Lasgol lo dejaba intentar desarrollar la habilidad a base de cabezonería. Como era de esperar, al menos para Lasgol, no lo solía conseguir. Le llevaba semanas cambiar de opinión, lo que resultaba de lo más curioso y frustrante. Camu era tan cabezón que acababa con su paciencia, así que lo dejaba estar hasta que se rindiese o lo consiguiese. De momento, no había conseguido ninguna nueva habilidad, muy probablemente porque elegía unas

un tanto alocadas o incomprensibles, al menos en su opinión, porque para Camu tenían todo el sentido del mundo.

Llegaron al final del bosque y Ona soltó un rugidito de aviso, había detectado algo. Se puso rígida y el pelo de espalda y cola se le erizaron. Arqueó la espalda y Lasgol supo inmediatamente que la pantera detectaba peligro. Se agazapó detrás de un arbusto y observó la explanada. Para su sorpresa descubrió varios campos de labrado y tres granjas en sus extremos. Una de las granjas ardía. Esa era la causa de la columna de humo.

«Soldados feos» avisó Camu.

«¿Zangrianos?» preguntó Lasgol.

«No. Oscuros».

La respuesta puso tenso a Lasgol. Se concentró e invocó Ojo de Halcón y Oído de Lechuza. Dos destellos verdes recorrieron su cabeza. De inmediato descubrió a un grupo de mercenarios. No había duda de su procedencia, eran musculosos, altos y su piel era oscura como una noche sin luna. Iban armados con cimitarras... sin duda se trataba de Noceanos. Si eran mercenarios que se habían quedado en la zona tras el final de la guerra civil, muy probablemente estaban asaltando aquellas granjas para llevarse cualquier cosa de valor que encontrasen.

Tenían prisioneras a tres familias de campesinos junto a la segunda granja. La primera era la que ardía y la tercera estaba siendo saqueada. Dos hombres yacían muertos a un lado y varios de los prisioneros sangraban. Debían haber intentado hacer frente a los mercenarios.

«Son mercenarios Noceanos del sur de Tremia, de la tierra de los desiertos» les explicó Lasgol a Camu y Ona.

«¿Cuándo visitar ese reino?».

Lasgol miró a Camu con ojos de incredulidad.

«No es el momento de visitar tierras extranjeras».

«Visitar divertido».

«No digo que no sea interesante descubrir nuevas tierras exóticas, pero tenemos que cumplir con nuestro deber

y ese deber está en Norghana. Además, no creo yo que los desiertos interminables de las tierras del lejano sur te gustaran demasiado. Hace un calor insoportable y apenas hay agua en ningún lugar. Además, tú eres un Criatura del Hielo. El desierto es el último lugar donde deberías ir».

«Yo ir. Yo ver».

«Quizás un día. De momento tenemos otras cosas de las que preocuparnos como esos pobres campesinos».

«Sí. Ayudar campesinos».

«Me temo que esos mercenarios son parte de los que contrató Thoran para la guerra. Sí, muy probablemente. Son fuertes y buenos luchadores con esas cimitarras y sus cuchillos curvos. Tened cuidado los dos».

«Yo cuidado».

Ona soltó un gemido.

«Están a 200 pasos. Puedo alcanzarlos con el arco compuesto desde aquí, pero me preocupan esos campesinos...».

«Tirar. Matar. Final» le dijo Camu simplificando la situación como solo él hacía.

«No será tan fácil. Cuento cinco mercenarios. Podrían tomar a los campesinos por rehenes si ataco, y hay mujeres y niños...».

Lasgol lo pensó. La situación no era propicia para un ataque. Nunca lo era cuando había inocentes de por medio. Estaba seguro de que aquellos mercenarios no tendrían ningún reparo en matar a los campesinos. Si tiraba desde allí, los utilizarían como escudos humanos y amenazarían con matarlos para que saliera al descubierto. Eso era casi seguro. Debía idear un plan que le permitiera rescatar a los granjeros sin bajas. Lo pensó un largo momento y no se le ocurrió nada viable. Le dio vueltas en la cabeza a un par de escenarios que podrían ser factibles, pero tras analizarlos se dio cuenta de que eran demasiado arriesgados y las posibilidades de éxito mínimas.